

# La Gaceta del Plata

PUBLICACION LITERARIA ILUSTRADA.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

EN SU IMPRENTA

CALLE SANTIAGO DEL ESTERO, 176.

APARECE LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION, 10 \$ AL MES.

FUERA DE LA CIUDAD. " " " "

## SUMARIO.

Los niños y los domésticos (continuacion), por Rafael G. Reyes—Brisa (poesia), por Rafael Obligado—Edelmira, por Scriba—Mensajeros del alma (poesia), por Benigno C. Diaz—Modas: Correo de Damas, por Lelii—Novelistas españoles: Don Manuel Fernandez y Gonzalez, por Armando P. Valdéz—Escritores de Puerto Rico: Alejandro Tapia—Las hojas del Yagrumo (poesia de Tapia.)

## Los niños y los domésticos.

(Continuacion.)

15 de Octubre—Han corrido seis meses. Las hermanas hablan con elogio de la inteligencia y carácter de la niña. Las cosas, con todo, no pasan como se me había dicho. Teresita (es el nombre de la niña) no es del todo inalterada en la casa: vuelve á menudo ántes de la hora de acostarse; mas de una vez la he encontrado comiendo con los sirvientes; los Domingos y dias de fiesta su madre la deja á su lado en la lencería.

Mis previsiones y los tratados han sido burlados. ¡Pero Magdalena ama tanto á esta niña...á causa del bien que ella misma le ha hecho!...El reconocimiento del benefactor es á menudo mas seguro que el de la persona obligada!

¡Y á mas, á esa edad, es tan agradable una compañera que es contemporánea!

Jugar sola no es jugar, y luego cuando un dia entero las veo juntas, amigable y ardientemente empeñadas en la hechura de un vestido para las muñecas; cuando oigo sucesivamente en el jardin dos carcajadas de risa; cuando mi hija vuelve de paseo del cercano bosquecillo, purpurino el rostro, brillante la mirada resplandeciente de alegría y de salud, siento que Dios me recompensa con mi hija de lo que he hecho por Teresa.

10 de Junio de 1871.—Un nuevo lazo se ha formado entre Julia y yo: durante la guerra me manifestó verdadera abnegacion. Salvó del pillaje nuestra pequeña casa de campo: me llevó á Bretaña todos los pequeños objetos que tenían algun recuerdo para mí. Y despues ha seguido conmoviéndose por la delicadeza de su carácter y por su buen corazon. Mi marido me había señalado, como renta, la mitad de sus fondos reservados. Pues bien, Julia se mostraba, mas que yo misma, avara de mi escaso peculio, y no aceptaba casi nada para sí por gastar ménos. Las calumidades de la patria me despedazaban el alma, y ella era, por cariño á mí, tan patriota como yo. ¡Cuántas veces la vi llegar á mí, desaliñada, sin aliento, extenuada por larga carrera hecha á todo escape para comunicarme con anticipacion noticias ménos desastrosas!

Nuestro alojamiento se componia de dos piececitas que servian de dormitorio, de salon y de comedor; y así estábamos á cada instante cerca materialmente una de otra. Nuestra proximidad moral era aun mayor. Eran comunes nuestros pensamientos y nuestros ves-

tidos. Las dos niñas vivían como dos hermanas, y era para ellas entretenimiento lo que para nosotros motivo de suprema angustia: ¡jugaban á la guerra!

En fin, en estos dos meses discurridos en el pequeño puerto de la Bretaña, tan cerca una de otra como lejos de lo que amábamos, la igualdad de existencia había formado algo como igualdad de condicion.

Vueltas despues del armisticio á nuestra casa de campo, esta intimidad pasajera no ha cambiado sinó á par de nuestros hábitos; Julia continúa interviniendo en todo lo concerniente á Magdalena, en su tocado, en sus plaerces. De cuando en cuando llega hasta reñirla. Por mi parte, riéndome, fingo creer, que desde nuestra estadia en el Morbihan, Magdalena ha llegado á ser para ella una sobrina á la moda de Bretaña.

30 de Junio.—Una conversacion que tuve con una amiga me ha desconcertado. Es ésta mucho mas mundana que yo, pero en medio del torbellino de su vida elegante ha conservado vivo recuerdo de nuestra juvenil afeccion. Y se acerca de cuando en cuando a la calma de mi vida para inundarla á bocanadas con los rasgos de su buen sentido mundano y positivo. Vino ayer, pues, y en su modo habitual:

—¿Quién es, me preguntó, esa niña que está jugando con Magdalena?

—La hija de Julia.

—Y ¿quién es Julia?

—Mi camarista.

—¿Dejas, acaso, jugar á tu hija con la hija de tu camarista?

—¡Oh! Escucha ántes su historia, porqué la hay, mi querida.

Y le referí todo lo acontecido con Julia y su hija.

—Pues bien, ¿sabes lo que prueba tu historia? me dijo; que has obrado tres veces mal. Mal al hacer venir á esta niña; mal, al dejarla alojar en tu casa, y mal, al permitirle jugar con tu hija.

—Ten, pues, cuidado, dijo Teresa á Magdalena.

En ese instante pasaban las dos niñas cerca de nosotras y

—¡Santo Dios! exclamó mi amiga, esto es

otro cuento. ¿La niña Teresa tutea á tu hija?

—Sí, ¿qué inconveniente ves en ello, entre dos niñas de doce años?

—¿Qué inconveniente? Que no hay en ello ni buen sentido ni prudencia.

—Pero...

—Pero, escúchame: me creo buena mujer y espero ser buena maestra. Cuando se enferman mis sirvientes, los cuido; cuando están atribulados, los ayudo, cuando perplejos, los aconsejo. Pero intimidad con ellos, familiaridad entre ellos y mis hijos, ¡jamás! Respecto de ellos mis sentimientos semejan á las comparsas de las tragedias... personajes llenos de sinceridad, de cariño, siempre dispuestos á obrar; pero mudos.

Pero recuerda, le dije, que Julia me ha prestado un verdadero servicio.

—Tanto peor; ¡reducida ante ella á la condicion de obligada! Y en verdad nosotras no podemos ni debemos estar obligadas á nuestros domésticos.

—Julia pertenece á la raza escogida de sirvientes antiguos.

—¡Oh! ¡los sirvientes antiguos! exclamó mi amiga soltando una carcajada; y yo que soy de la opinion de que es menester cambiarlos cada seis meses.

—¡Ah! ¡por ejemplo!

—¡Ello es evidente! ¿No has notado acaso que cuando entra un sirviente nuevo, en el primer mes se indagan sus defectos y poco andar, muy amenudo, sus buenas cualidades? Esto es muy sencillo; al principio oculta todo lo que tiene de malo y descubre lo bueno, ni mas ni ménos que los recién casados. De suerte que una série de sirvientes nuevos constituiría una série de lunas de miel.

—¿Qué locura!

—¡Absolutamente! hablo muy seriamente.

—¡Vamos! ¿Puedes negar que mil ejemplos prueban que antaño...

—Antaño es antaño y el presente es presente. En otro tiempo los criados formaban parte de la familia, en ella nacían y morían tambien en ella. Al presente son aves pasajeras en nuestra casas, son extranjeros, son nómades. Antaño, un criado que se sacrificaba por su patron, solo orea cumplir con su deber y se consideraba suficientemente reume-

rado con el sacrificio mismo; al presente...

—Pero, al presente, exclamé vivamente, una ilustre sociedad, anualmente...

—¡Ah! repuso mi amiga: ¡adivino lo que vas á citar!...los premios á la virtud, los premios de la Academia...

—¡Precisamente! La Academia puede reparar la cuarta parte de estos premios á los sirvientes antiguos...

—Pero yo no te hablo de los que obtienen premios, sino de los que no los obtienen, ¡y son una gran mayoría! ¡Verdad! me dirás.

—Sí...Sin duda.

—Y también que en esta mayoría no faltan abnegaciones gruñonas, ásperas y hasta un tanto perezosas, por lo cual he estado siempre tentada á exclamar:—AMADNOS MERNOS Y SERVIDNOS MAS.

¡Te indignas!

Yo, yo también tuve una vieja criada que muy mucho me quería...pero...¡ah!...Así y todo tenía siempre en la punta de la lengua, para echármelo en rostro, el saldo de su afecto. Recuerda esto: oírás salir de labios de Julia...y probablemente, á propósito de su hija, las palabras sacramentales: ¡DESPUES de todo lo que he hecho por el PATRON Y SU MERCED!

—¡Ah! calla, exclamé con viveza; todo lo desencantas con tu pretendido buen sentido.

—No es mi buen sentido quien habla, querida mía, es el de un hombre que tú amas y respetas: ¡mi marido!

—¿Y qué ha dicho?

—Una palabra que me ha convencido y que me sirve siempre de norma. En otro tiempo las niñas no pertenecían á sus madres, sino en principio á su nodriza, en seguida á las niñeras, después á las ayas, mas tarde á los conventos, y por fin, á allegadas y adventizas doncellas, como dice Molière.

¿Quiénes son, en efecto, en sus comedias, los confidentes de las Marianas á Isabelas? Las Dorinas y las Lisetas. Al presente, á Dios gracias, las madres han reconquistado sus hijos. ¡Consérvenlos!

Esto me dijo mi marido y en verdad que no se puede hablar mejor...

Y ahora, volviendo á ti hablemos claro. ¿Puede acaso tú hija en lo sucesivo ser amiga de Teresa? ¡Nó! ¿Tutear esta á Magdalena? ¡Nó!

Y ésta ¿considerar á Julia como tía? ¡Nó, mil veces nó!

Has obrado mal, pues, al establecer relaciones que no pueden durar mucho tiempo tanto mas cuanto que tu Julia debe de tener mal carácter. ¿No es verdad?

—Algo de ello.

—Pues bien, te verás forzada á cortar con pena lo que imprudentemente has anudado. ¡Es mi predicción!

Dicho, partió, dejándome agitada por mil reflexiones.

12 de Octubre.—Dos pequeños incidentes, sucedidos hace algunos días, me han hecho reflexionar.

Una muy amable mujer, recién instalada en nuestra vecindad me llevó sus dos hijas.

Mi imaginación de madre vió al pronto en ellas dos apuestas compañeras para mi hija. Y, por lo demás, se había declarado desde el primer instante mútua simpatía entre ellas.

Un cuarto de hora después de la llegada veía á las tres reirse y charlar sobre el pequeño terrado.

Era Domingo. La hija de Julia llega, según costumbre; atraviesa el salón y va á unirse al grupito.

—¿Quién es esta niña? me pregunta mi nueva vecina.

Se lo dije, y al punto se dibuja en su rostro expresión de sorpresa, y disgusto, á igual efecto produce en las tres amigas!

La llegada de Teresa disipa la alegría y la expansión, las dos niñas experimentan extrañeza, Magdalena se siente cortada y Teresa misma incomodada. La madre, al despedirse no me expresa deseos de reunir á nuestras hijas.

¿Había formado acaso el mismo proyecto que yo y la intimidad de Magdalena con Teresa se lo ha hecho abandonar? Mucho me lo temo. Y, ¿quién tiene razón, ella ó yo?

Mi conciencia comienza á inquietarse, y si esta soñada intimidad no se realiza, ¿qué mucho de menos á las hijas para Magdalena y á la madre para mí.

El Domingo siguiente, Magdalena jugaba una partida de volante con Teresa, y á consecuencia de un "tiro dudoso" se produjo altercado; palabras ásperas se pronunciaron, y

Teresa, que participa del carácter impetuoso de su madre, le replicó á Magdalena de una manera parecida á la inpolítica. Me disgusté por que veía en ello un falta de táctica, que casi podría llamarse una ingratitud; cuanto mas suelo olvidarme de que Teresa es la hija de mi camarista tanta mas debía ella recordarlo.

R. G. REYES.

(Concluirá.)

### Brisa.

Oh! dulce amiga del triste,  
Ligera brisa nocturna,  
Que vas diciendo á las flores  
Lo que otras flores pronuncian!

Infatigable viajera  
Que en la sombría espesura  
Vuelas, contando á las hojas  
Lo que otras hojas susurran!

Errante soplo, que rios  
Y mares rápido cruzas,  
Para confiar á las olas  
Lo que otras olas murmuran!

Ah! vén á mí, tú que dices  
Cuanto en las sombras escuchas,  
Vén á decir á mi alma  
Lo que en otra alma se oculta!

¿Acaso llora en silencio  
Lágrimas ¡ay! de ternura,  
Y mira inmóvil los axtros  
Como el ciprés de las tumbas?

¿Acaso, puesta de hinojos,  
Las manos trémulas juntas,  
Está rogando al Dios bueno  
Que nos proteja y nos una?

¿Talvez soñando, soñando  
Con la inquietud de la duda,  
Su corazón se marchita  
Como una flor de arizuma?...

Oh! dulce amiga del triste,  
Ligera brisa nocturna,  
Que vas batiendo tus alas  
Entre la sombra confusa!

Dile que siempre en mi oído  
Su voz dulcísima arrulla;  
Que en el cristal de mi alma  
Es como un frías la suya;

Y que en la flor entreabierta  
De la esperanza, se juntan,  
Como dos gotas de llanto,  
Como dos rayos de luna!

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires, 1879.

### Edelmira.

Sus formas son gentiles, puras, esculturales; parecen modeladas por el genio de lo bello en un momento de feliz inspiración. ¿Qué es Hnydee, la brillante, la seductora concepción de Byron comparada con Edelmira? Haydee es la imagen de la perfección estética, es una visión encantadora que cruza voluptuosamente nuestra alma. Edelmira es sencillamente la encarnación real y deslumbadora de todo el poder de perfección que la naturaleza posee; es una espléndida divinidad que los ojos no pueden contemplar sin que resuene en el corazón un idilio de infinita ternura.

Magestoso y noblemente tranquilo es e andar de Edelmira; y tan seductor que las Gracias lo imitarán para realzar su belleza. Su palidez aristocrática que forma hermoso contraste con sus negros rizados respira toda la virginal pureza de una azucena apenas besada por el resplandor de la dorada aurora. Sus ojos, sus negros ojos en que brilla la luz de la pasión, son un misterio que engendra un poema que ningún poeta interpretó en la tierra. Su mirada es comunmente dulce, divinamente dulce, pero adquiere á veces una expresión de tal concentración y poder que al mirarla he sentido estremecerse mi alma á impulsos de un sentimiento extraño, indefinible. Su nívea su nacarada frente, es tan bella que al contemplarla héme sentido seducido, místicamente seducido, por la aureola de pureza que la adorna y comunica á su semblante la expresión de candor evangélico que la inspiración de Rafael en un momento de sentimentalismo infinito imprimió en la de sus inmortales concepciones.

una vez, que me quedé absorto en la contemplación de esa frente de alabastro, sentí como Becquer, la vibración de un eco misterioso y extraño, "que anuncia en la noche del alma una aurora." La voz de Edelmira es melodiosa; está impregnada de una serenidad poética que pronto penetra en lo íntimo del corazón.

Edelmira es bella, celestialmente bella; es un adorno de la naturaleza, cuyo poder de seducción deslumbra todas las miradas y hace palpitár armónicamente todos los corazones; es un centro de fascinación que aprisiona la admiración del mundo.

Pero ¿tiene corazón Edelmira? Es esto un misterio.

SCRIBA.

Buenos Aires, Marzo de 1879.

### Mensajeros del alma.

Flor que lejos espiras de tu amante  
Al calor de su seno deshojada,  
Y bañas con tu esencia en tu agonía  
El pecho ingrato de mi ingrata amada;  
Cuéntale que mi vida hora por hora  
Al fuego de su amor sé va agostando,  
Y cual tu esencia, su postrer suspiro.  
Se extinguirá su imagen perfumando!

Aura amante que robas su fragancia  
Á las flores que esmaltan la pradera,  
Para zabumar con su virgíneo aroma  
Los rizos de su negra cabellera;

Líbra el perfume que para ella guardo  
De mi espíritu amante en la corola,  
Y unido á los perfumes de las flores  
Sea de su alma esplendorosa aureola.

Llévate á su oído entre tus notas tiernas  
De mi alma triste el quíjumbroso acento;  
Díle que de ella su recuerdo amado  
Irás á mi tumba en mi último lamento!

Tórtola triste que esperanzas lloras  
Y gimes ¡ay! sobre el desierto nido;  
Tú que conoces las amargas lágrimas  
Que el alma vierte por el bien perdido:

Cuéntale cuantas veces se mezclaron  
Á tus quíjumbrosos, los ecos de mi angustia,

Y cuántas veces sollozó mi alma.  
Sobre la flor de su esperanza mística!

Decidle, perlas que la noche vierte  
Sobre la tierra, al descender su manto,  
Que de mi alma el único rocío  
Son las gotas ardientes de mi llanto!

Nube que pasas, fuente que murmuras,  
Astro que brillas al morir el día,  
Llévadle entre murmurios y fulgores  
El ritmo tierno que mi amor le envía.

Genios dolientes que vagáis sin rumbo  
Entre el misterio de la noche en calma,  
Llévadle en vuestras alas de tinieblas  
Los fúnebres gemidos de mi alma.

Suspiro de las hojas temblorosas,  
Crepúsculos del alba y de la tarde,  
Misteriosos rumores de la selva,  
Luz de la estrella que en las noches arde;

¡Mensajeros de mi alma para su alma!  
A vosotros confío mi lamento;  
Tal vez entre su pecho repercuta  
El eco triste de mi triste acento!

Id, mensajeros, donde está la virgen,  
El ángel puro, de mi amor anhelo;  
Decidle que es mi luz y mi armonía,  
Mi eterna aurora y suspirado cielo!

Decidle que las notas de mi canto  
Brotando ván de una entreabierta herida,  
Y revueltos con ellas, van pasando  
Pedazos ¡ay! del alma dolorida!

Que el alma es una flor, y como ellas,  
Tiene un sol, una esencia y puras galas;  
Que ella es mi sol, y su recuerdo el céfiro  
Que arrebató mi vida entre sus alas!

Decidle que sin ella, en mi abandono  
Tristeza y luto por doquiera miro  
Y pedidle tan solo para mi alma,  
Un recuerdo, una lágrima, un suspiro!

BENIGNO C. DIAZ.

Buenos Aires, Enero 12 de 1879.

## Modas.

### CORREO DE DAMAS.

El vinjero recién llegado á un país y que aun no ha tenido tiempo de visitar sus monumentos, edificios mas notables, etc, y que por consiguiente, no le es posible hacer un juicio de la cultura y estado de adelanto de la nacion que visita, puede, sin temor de

equivocarse, juzgar de él, solo al ver como visten sus mujeres.

Se nota en Egipto, que las mujeres se cubren el rostro y ocultan con cuidado su cabellera y todo su aspecto es huraño, y de esto se deduce en seguida, que, allí, profesan ideas retrógradas y que el predominio del sexo masculino es una pesadísima cadena que arrastra indolentemente la mujer; que el hombre, es allí, un despota que condena á sus esposas, hermanas é

hijas, á llevar una vida oscura é indigna; comprende que, en el suelo que pisa, no hay libertad de accion para la mujer, que no le es permitido, quizás, ni el que piense, y entonces, él se dice: "Aquí, á la mujer se la tiene en un perpetuo ostracismo en el último rincón de su casa; sus trajes la cubren cual si tuvieran que ocultar á criminales; la mujer aquí es insociable; luego este país no marcha al unisono con las ideas de progreso que á gita á la mayoría del mundo;"—Si por el con-

trario ese extranjero arriba á nuestras playas, sobre todo en los dias de la *Semana Santa*, se sentirá admirado y satisfecho al contemplar esa lucida multitud de damas que aduycen las calles y templos y al ver que lucen en todo su esplendor los hechizos de su persona realizados si cabe aun mas por las lujosas galas exclamará: "Este, es un país libre é ilustrado; la mujer se vé que está, moralmente, en el mismo pedestal que el hombre."

Y en verdad, lectoras bellas, que en Sema-

na Santa, como nunca, la mujer argentina demuestra el predominio que con sus gracias ejerce sobre el hombre.

Alguna vivaracha lectora, objetará, que, las porteñas siempre seducen, pero, yo le diré, que en los dias santos con su elegante y soberbio traje negro y la mantilla, está enloquecedora y que, como está poseída de esa verdad, despliega el arsenal de sus coquetterías, y ¡ay! entónces del viandante que en la no-



che del Juéves y Viérnes Santo penetra á las naves de la Catedral!

Juzgará á la argentina por su traje y su fisonomía encontrándola elegante, sencilla, hasta lujosa, y que en su bello semblante juegan entre sonrisas la satisfaccion y el contento, comprende que los hombres no son en esta tierra tiranuelos para ellas y no les imponen trajes á su capricho como los egipcíacos á sus mujeres.

Y por lo mismo lectoras, que tenemos li-

bertad para vestir, son nuestros trajes tan ingeniosos y agradables.

Una cosa contrariada es claro que jamás puede avenirse bien con el gusto que la rechaza, y la mayor parte de las argentinas, no llevan nunca contraria corriente á sus gustos; aunque la moda les imponga sus leyes, si á ella no le agrada ó no le sienta, no la acata y de ella se burla.

Pero, dejando á un lado la charla, voy á cumplir lo que os prometí en mi Crónica de la semana pasada: esto es, lo referente á trajes de Semana Santa.

El traje negro hace resaltar la *pálida frescura* de una rubia, la blancura de una rosada y

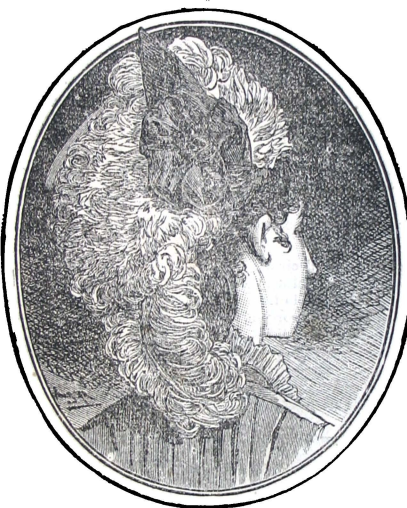
van ligeramente como los recogidos de una túnica. Rodan la pollera un volado de faya plegado á tablas abiertas, sobre este volado un ruche tableado por el medio. Dos anchas bandos de terciopelo labrado, colocados sesgadamente forman el delantal; estas bandas van recortadas en su orilla inferior, á ondas; á las ondas las rodea un rico fleco de seda á bellotas. Casaca de faya bastante larga formando punta hácia atrás y adelante: chaleco del mismo terciopelo con botonadura plateada.

Otro traje es un magnífico *princesa* hecho con gró, terciopelo y raso.

Es de gran traime y guarnece la orilla del vestido una ancha tira de terciopelo. Un peto de terciopelo forma el medio de la espal-

mas aun si es un negro suave, diré así, como el de el terciopelo y el raso.

El negro sienta y embellece mas á las blancas que á las morenas por la misma razon que el blanco hermosea á estas últimas; en este caso la contradiccion en los colores es de un efecto simpático y conveniente; á un semblante trigieño el negro lo sombrea mas, así como el blanco lo llena de claridad: una morena, una de esas negritas picantes que encierra Buenos Aires como preciado tesoro, con traje blanco se me representa como una



da y lo mismo la delantera; esta última se cierra por una botonadura de terciopelo y raso. Una banda *lavandera* hecha á tablas y en la orilla un fleco de bellotas adorna por delante á este traje de los costados del delantal parten unas como solapas excesivamente anchas de terciopelo: las puntas de estas aletas van retenidas atras con una pasamanería en forma de estrella; de encima de cada una de dichas solapas parten unos cordones de seda que van á anudarse artísticamente atrás á la orilla del peto de terciopelo

de esas nubes que recorren un cielo tormentoso de verano á la hora del crepúsculo y que los reflejos de la luna la rodean poéticamente de una auréola blanca...

Las morenas, pues, cuando vistan de negro deben ponerse en el cuello muchos encajes blancos y corbata ó lazo en el pecho de igual color.

El primer traje que os presento es preciosísimo lectoras amigas. Es de faya y terciopelo labrado. La pollera de gran traime es por atrás formando pequeños pouffs desde bajo la falda de la bata hasta terminar la cola; estos pouffs son muy poco abultados;

de la bata; estos cordones van mezclándose entre los pliegues de la pollera: las mangas son de terciopelo: todos los adornos en terciopelo van con biesses de raso.

Ahora ved las descripciones de los figurines de *La Ondina* de hoy.

1.º Figurín.—Traje de casa de lana color nutria y cachemira indiana del mismo color á bastones color oro antiguo. Este modelo está compuesto de la pollera y un corpiño lizo.

La pollera es de larga traime y vá plegada en la cintura del corpiño. El paño de delante es bastante ámplio para que permita plegarlo y forme en la orilla un volado: un

volado al sesgo casi sin pliegue rodea la pollera en el bajo.

Dos bandas de cachemira á bastones están drapandas sobre la pollera; la una rodea lo alto del cuerpo y descende á confundirse con la traine; la otra parte de bajo de la costura del costado izquierdo y se drapea en la forma que señala el modelo. La bata, á la antigua completamente redonda y liza vá ajustada á la cintura por una cinta color oro antiguo.

La manga ajustada está adornada con un plgado de cachemira.

2<sup>o</sup> Figurin—*Toca Rosa* de fieltro blanco para traje de teatro. Un bullonado de terciopelo azul guarnece los bordes de la copa; sobre este bullonado vá un cerco de plumas de *marabú* blancas y rizadas, un nudo con una ala de terciopelo azul vá sobre el costado: sobre la presilla de este nudo puede colocarse un adorno de acero que hace un efecto lindísimo; una gran pluma blanca de avestruz cruza la copa y descende atrás.

LÉLIA.

## Novelistas españoles.

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

No sé como arreglarme para decir algo bueno del Sr. Fernandez y Gonzalez. Mucho temo no llegar á decirlo. Por mas que lo intento, no consigo desechar de mí cierto rencor y mala voluntad hácia su persona ó personalidad, que es lo mas de moda, y como soy tan impresionable y tengo tan poco peso (cinco arrobas escasas), lo mas probable es que le suelte alguna pulla de rual género, impropia por entero de mis antecedentes y de mis años.

Pero, Señor, ¡quién me habrá metido á mí á crítico!

Hubo un tiempo, sin embargo, en que yo tenía ménos años que ahora, *en illo tempore*, el Sr. Fernandez y Gonzalez me hizo perder bastante idein. Cuando lo pienso, no puedo ménos de verter lágrimas, y exclamar como Augusto: "Fernandez, Fernandez; vuélveme mi tiempo!"

No solo de esta abundosa fuente mana mi rencor. El Sr. Fernandez, con sus narraciones fantásticas, lances maravillosos y combates descomunales, ha influido de un modo muy pernicioso en mi carácter. Hace ya bastantes años, era yo lo que se llama una malva, incapaz de fomer un plato adrede.

Mas héte aquí, que leo los *Siete Niños de Egipto*, donde se describe á lo vivo de que modo siete valientes derrotan y ponen en vergonzosa fuga, en cuantas batallas libran, á siete mil carabineros; y hubieran derrotado en la misma forma

á siete millones, dada su infinita bravura. Esta bravura me contagié de tal suerte, que llegué á suponerme dotado de una fuerza incontrastable y sobrenatural, y empecé á ensayar mis fuerzas y arrestos, descargando terribles puñetazos sobre las puertas de la vecindad. A los pocos días de verificar estos ensayos, era conocido entre los granujas del barrio con el pintoresco mote de *Brazo de hierro*. Y aconteció, que un día oí sonar á mis espaldas el famoso apodo acompañado de cierta risa que á mí me pareció por muchos conceptos irrespetuosa. Me vuelvo y veo á tres pilluelos muy risueños que se estaban sin quitarme ojo. Llegó la ocasión, pensé, y encomendándome al invicto Juan Palomo, cerré con el mayor coraje y ardimiento sobre aquellos canallas. Mas ¡ay! que entre nosotros debían existir las mismas relaciones que entre los antiguos aragoneses y su monarca: cada uno de ellos valía tanto como yo, y juntos, mucho mas que yo.

Me llevaron á casa y me pusieron sobre la frente algunos paños empapados en árnica.

Jamás se lo perdonaré al Sr. Fernandez y Gonzalez

Fundada, pues, mi crítica en motivos tan pequeños y baladíes, es preciso convenir en que no tendrán fuerza de ninguna clase euanas censuras dirija al Sr. Fernandez y Gonzalez.

Convengamos en ello y meditemos un rato sobre la pequeñez y miseria de los hombres que por unos mojicones mas ó ménos llegan hasta rebajar las glorias de un esclarecido novelista.

Sin embargo, aunque no otra cosa, espero que se me reconozca cierto valor para arrostrar la impopularidad. El Sr. Fernandez goza de gran crédito entre las clases mas virtuosas de la nacion. Conozco algunas amas de huéspedes que en gracia de sus interesantes novelas serian capaces de no pedirle el dinero hasta fin de mes. Y yo, escritor ventajosamente conocido en el mundo, no vacilo en depositar en el pedestal de la estatua de la Verdad mis coronas y mis lauros.

¡Hermosa figura y ejemplo perdurable de heroísmo!

El Sr. Fernandez y Gonzalez no siempre escribió malas novelas. Hubo un tiempo en que las escribió buenas. Esto debía decirlo al final del artículo, bien lo comprendo, para que la última impresion fuese dulce, pero como el señor Fernandez y Gonzalez escribió las novelas buenas ántes que las malas, parece natural que me atenga á su cronología. Especial cronología la del Sr. Fernandez! Todo en el Cosmos progresa, todo se perfecciona por virtud de la ley de la evolucion pasando de lo homogéneo á lo heterogéneo (1). Y no obstante, el Sr. Fernandez y Gonzalez rompe de frente con la ley de la evolucion, y despus de escribir novelas muy heterogéneas dá

(1) Véase Herbert Spencer *First Principles*.



á luz las homogéneas. *El condestable D. Alvaro de Luna*, *Men Rodríguez de Sanabria*, *Martin Gil*, *El cocinero de Su Majestad* y *Los Monjes* son novelas históricas en que á mas de observarse con algun cuidado los requisitos del género, revela el autor cualidades excepcionales para brillar en él. No resucita por medio de un estudio atento y minucioso el mundo de la Edad Media como Walter Scott, sus costumbre, sus trajes, su fisonomía exterior, mas quizá debido á una portentosa imaginacion consiga penetrar más adentro que el inmortal creador de la novela histórica, en sus sentimientos en sus acciones su discurso; en el mundo del espíritu.

No maneja tan bien el guardarropa feudal, ni el mobiliario de una sala gótica, ni es capaz de disponer un torneo con tanta propiedad; pero nuestros abuelos no aparecen con ese tinte suave y melancólico que inmerecidamente les concede el autor de *Ivanhoe*, sino con el lenguaje rudo, la sensualidad desenfrenada y la ferocidad bestial que les conviene. Los acentos sencillos y ásperos que resuenan en los tiempos medios parecen vibrar puros y frescos todavía en la briosa fantasía de Fernandez y Gonzalez. Penetra por la coraza damasquina y la recia cota de malla, y sorprende los sentimientos de aquellos corazones tan rudos é independientes. Es mas realista de la Edad Media que su maestro Walter Scott.

Aun pudiera serlo mas, no lo dudo, rebajando un noventa por ciento de aventuras; mas, como despues de todo, ninguno de nosotros ha vivido en la Edad Media, la narracion de las maravillas acaecidas en esta Edad no nos pueden irritar tanto como la de aquellas que suceden en la presente, donde no sucede ninguna.

No tengo inconveniente, pues, en admitir que los siglos medios son poéticos, y que en ellos se verificaron todos esos lances portentosos que los novelistas nos cuentan, y otros muchos mas que no nos cuentan. Mas deseo hacer constar que, aunque poéticos, eran unos siglos bárbaros, y que en punto á urbanidad y buena crianza, pese á Walter Scott y su escuela, el nuestro les saca mucha ventaja. Por un precioso manuscrito descubierto recientemente en la Biblioteca de un convento del Norte de España, he llegado á averiguar que en el siglo XIII no era conocido el "dispende usted."

A pesar de esto no falta quien apellida á nuestro siglo torpe y escandaloso, y se siente muy desgraciado por haber nacido en él en vez de florecer en la época del feudalismo. Hay que convenir en que la Providencia ha estado muy dura con los que así discurren poniéndoles sombrero de copa en lugar de casco; pero una vez que no ha querido darles ese gusto; pero hay mas remedio que resignarse y esperar de

mala manera, en cualquier oficina, á que este siglo se hunda en los abismos del tiempo. Animo, pues, que ya falta poco; veintiun años escasos.

Quede sentado que el Señor Fernandez y Gonzalez manifestó en otro tiempo, muy lejano por desgracia, disposiciones felicisimas para la novela histórica. Pero no hay que atribuirle tampoco con afan hiperbólico aptitudes que no ha tenido jamás. Si las mostró nada comunes para el cultivo de este género, nunca dió la mas leve señal de posesión para la novela de costumbres, social, realista ó como quiera denominarse. El género histórico es de todos los romancescos el que mas semejanzas y afinidades guarda con el poema, y Fernandez y Gonzalez es mejor poeta que novelista. Tal vez dependerá de que el poeta se constituye y caracteriza por la fantasía, viniendo á ser el entendimiento y el estudio nada mas que auxiliares de su inspiracion, mientras el novelista necesita por partes iguales de una inteligencia superior y de una imaginacion pintoresca. El talento de Fernandez y Gonzalez guarda, á mi juicio, mas parentesco con el de Zorrilla que con el de ningún novelista de los que figuran ó han figurado en España.

Mas ya que su empeño fuera escribir novelas y no versos, parecia muy razonable que siguiera novelando en el género histórico, con mayor discrecion y lucimiento. El Sr. Fernandez y Gonzalez toda su vida profesó mucho horror á lo razonable; así es que en vez de continuar estudiando para corregirse y mejorarse, comenzó á echar por aquella pluma un diluvio de novelas plagadas de lances y aventuras imposibles que produjeron grandes disturbios en el ramo de modistas. De la novela histórica no quedó mas que los nombres de los personajes, los cascos, las lanzas y las cimitarras. Todo lo demás, la pintura de los caracteres, la descripción de las costumbres, la verosimilitud de la fábula, naufragó en un mar de tinta.

Este afán insaciable de aventuras fue causa de su perdicion. ¡Lo qué es el corazon humano! como diria Perez Escrich. Un hombre que habia pasado toda su vida en el alcázar del rey tratado á cuerpo de idem, dedicado exclusivament á vigilar la entrada y la salida de los galanes por las puertas secretas, los suspiros de la reina y las órdenes del monarca, marcha de improviso á Sierra Morena y empieza á echar el alto á los viajeros, en compañía de Juan Palomo y Diego Corrientes.

Estos cambios bruscos é inesperados de la fortuna me conmueven sobrenaturalmente.

¡Y qué habia de suceder! El Sr. Fernandez, que era un caballero muy cumplido y espiritual, consiguió al principio dar cierto barniz

romántico á aquellos secuestradores; mas al cabo y á su pesar tuvo que sufrir la influencia nofasta de tan grosera compañía, perdiendo las buenas formas y los refinamientos palaciegos. Descuidó ó abandonó por entero los estudios literarios, acaudalando en cambio gran copia de bellaqueñas y ruindades que aspiró á presentar como admirables, redactándolas al mismo tiempo en un lenguaje que por nada en el mundo me atrevería á llamar cer-vantesco.

Si el Sr Fernandez y Gonzalez hubiera ido á recorrer los desfiladeros y encrucijadas de Sierra Morena con el objeto de estudiar minuciosamente las costumbres de sus indigenas y ofrecérsolas despues en cuadros romancescos vivos y fieles, yo no le diria una sola palabra mal sonante; allá selas arreglara con los enemigos del realismo. Pero eso de ir ni mas ni ménos que á buscar con su linterna por aquellas breñas, almas grandes, corazones generosos, honrados padres de familia y ciudades íntegros, se me figura muy depresivo para los que habitamos en poblado. No parece sino que escandalizado el Sr. Fernandez y Gonzalez de nuestra corrupcion, como Tácito de la de Roma, desea presentarnos en las costumbres puras ó inocentes de la bandle-ria algo que nos edifique y nos enderece. Pues mire usted, Sr. Fernandez, convengo en que por las capitales hay muchos perdidos, pero tambien hay muchos caballeros, tan fieles como el oro, que sólo le detienen á usted para pedirle fuego. No es absolutamente necesario ser ladrón en cuadrilla para tener un corazón sensible. Conozco muchas personas que sin haber desbajado á nadie en su vida, riegan con sus lágrimas las butacas del teatro cada vez que se pone en escena *O locura ó santidad*.

Repito, pues señor Fernandez, que el ideal de la baudolería no es suficiente para el arte. El ideal cristiano me parece mas fecundo y mas conforme con la naturaleza humana.

Estos trueques de ideales producen unos efectos desastrosos. Las novelas fueron bajando, bajando, y bajaron yo no sé hasta donde. Salieron á luz por entregas, por arrobas y por metros cubitados. El Sr. Fernandez tenia un establecimiento en liquidacion dentro de la cabeza.

Y sin embargo, ¿qué fué de tanta invencion? Destinadas estas novelas á entretener los ócios de las clases ménos doctas de la sociedad, perdieron casi en absoluto el carácter de obras literarias y fueron proscritas con excomunion mayor de toda biblioteca bien nacida. El autor ya no volvió á preocuparse de la composicion, de análisis de los caracteres, ni de las pasiones, ni de la verosimilitud, ni de la pureza de la lengua. Lo único á que atendió, fué á sorpren-

der, á asustar las imaginaciones femeniles, á despertar y encadenar la curiosidad, arrastrándola violentamente por sucesos increíbles y absurdos.

De este modo logró conquistar una inmensa popularidad, sobre la cual tampoco debe forjarse grandes ilusiones el Señor Fernandez y Gonzales. Tuvo y aun tiene muchos lectores, pero son de tal jaez estos lectores que no pueden fundar ninguna reputacion duradera. Leen por distraerse por *matar el tiempo*, y las mas de las veces no se detienen á mirar el nombre del autor del libro que soportan en la mano. Si lo miran, no son capaces de tributarle admiracion, á la manera que al niño jamas se le ocurre admirar al inventor del juguete con que se divierte.

Las obras literarias, ó las que tal nombre merecen, no se presentan como los arengues en grandes turbas; vienen solas despues de haber madurado por mas ó ménos tiempo en el cerebro del artista. Aquellas que no sufren una gestacion laboriosa cuando se escriben, es que ya la han sufrido en el pensamiento. Me refiero, por supuesto, á las obras de mérito permanente capaces de resistir á las inclemencias del tiempo y de la critica.

La *entrega*, que Fernandez y Gonzalez ha cultivado con mas éxito que ningun otro en España, es la institucion mas perniciosa que inventaron los hombres para tormento de las letras.

Me equivoco, hay todavía otra institucion mas delétera; el tomo de á peseta (5 S mpc.) En tomos de á peseta ha exprimido el Sr. Fernandez las últimas gotas de su desordenada inspiracion. En vano el poder legislativo de la sociedad se afana por introducir las reformas mas convenientes en todos los ramos de la administracion; en vano el poder ejecutivo cumplimenta con toda fidelidad las disposiciones legales desenvolviéndolas y aclarándolas por medio de reglamentos acertados, y sabios y concienzudos preámbulos. Mientras Manini con su biblioteca de *lujo*, y los traductores de Barcelona sigan conspirando contra la salud pública, no tendrá España ni sosiego, ni riqueza, ni vias férreas, ni administracion.

Torna á la ciudad el Sr. Fernandez y quiere describirnos la vidad real, lo que pasa pared en medio de nosotros. No dejan de tener estas sus novelas contemporáneas cierto interés y movimiento, por el autor, por mas que se empeña no puede prescindir completamente de su poderosa imaginativa, mas allá por el campo adquirió unos modales tan impoliticos y seranos que por ningun concepto recomiendo la lectura de tales obras á las niñas de quince ahriles.

Resplandece en sus últimas novelas, á mas de un color verde barto subido, la ausencia aboluta de prevision artistica. El autor no medi-

ta ni calcula nada de lo que constituye el fondo y la forma de una obra romancesca. Prefiere abandonarse á la corriente alborotada de la improvisación, y allá van escenas y sucesos donde quiere una fantasía delirante. ¡Yo que juzgaba á la improvisación sólo buena para decir unas cuantas redondillas despues de haber comido fuerte!

La pintura exajerada y un tanto burda de la vida exterior, es lo que se observa á primera y segunda vista en estas producciones. La vida del espíritu merece tanto respeto al Sr. Fernandez y Gonzalez que no se atreve á penetrar en ella. Tal vez el alma humana tendrá que agradecerle este respeto. Debo manifestar, no obstante, en descargo de mi conciencia, que el espíritu del hombre tiene derecho á acupar el lugar preferente en la novela. Cuando se le condena á comer el pan negro de la emigración, como en las obras de Fernandez y Gonzalez, la novela se transforma en cuento de viejas.

En resolución. No es posible juzgar las producciones del Sr. Fernandez y Gonzalez, si exceptuamos las primeras, citadas ya en este artículo, con arreglo á los sanos principios literarios. Tales obras salen del recinto de la literatura para entrar en el mas oscuro y tambien mas lucrativo de la industria. Una vez convertido el arte en oficio, ya no se trata mas que de mucho papel y mucha tinta. El que hace un cesto hace ciento, y el que escribió una novela puede escribir un cargamento de ellas.

¡Cuántos años hace que el Sr. Fernandez y Gonzalez está haciendo estos sin darse punto de reposo!

Sus novelas, como las saetas del ejército de Jerjes, amenazan ya nublar el sol.

Ahí, que me he visto precisado á pelear á la sombra.

Conste sobre todo, Sr. Fernandez, que esta crítica fué inspirada por los móviles mas bajos y mas ruines.

ARMANDO P. VALDÉS.

### Escritores de Puerto-Rico.

ALEJANDRO TAPIA.

Este poeta es de los mas distinguidos de la isla de Puerto-Rico. En 1847 comenzó á publicar de vez en cuando algunas fantasías juveniles en prosa que alcanzaron grande aceptación en la generalidad de su país. Durante su residencia en Madrid, aleccionado y alentado por D. Domingo Delmonte y por el P. Baranda, dió á luz una leyenda y preparó la publicación de una *Biblioteca histórica de Puerto-Rico*, que verificó despues á su vuelta á aquella isla. Una vez allí escribió varios dramas y algunos trabajos en prosa de reconocido mérito.

### La hoja del Yagrumo.

(TROVA PUERTO-RIQUEÑA.)

Yo ví los negros ojos  
de una triguena,  
cuando iba hácia los montes,  
á cortar leña:  
¡ojos de fuego!  
Sentí que me dejaban  
de amores ciego.

Seguí triste y turbado  
por mi camino,  
dejando á mis espaldas  
perdido el tino;  
sin pensamiento,  
como la hoja que lleva  
volando el viento.

Llegado que hube al monte  
me eché en el suelo,  
al pié de la arboleda  
que cubre el cielo,  
y allí en la calma  
busqué paz y contento  
para mi alma.

Y era la primer hora  
de hermoso día,  
mil pájaros la daban  
su melodía,  
y suspirando  
vagaban por los aires  
su amor cantando.

Á la par que un pintado  
bello sinsonte,  
risueña flor del aire,  
cantor del monte,  
con voz parlara  
dió comienzo á su trova  
de esta manera:

“ Escuchad, pajarillos,  
que amais cantando  
y de arbusto en arbusto  
cantais saltando,  
no en el Yagrumo  
poseis el raudó vuelo:  
su amor es humo.

“ Escuchad pues la historia  
que he de contaros,  
y su ejemplo os enseñe  
de él alejaros,  
y con cautela  
á correr tras la dicha  
que el alma anhela.

“ Aunque es bella y lozana  
la flor de amores,

tiene crueles espinas  
cual otras flores;  
si teneis dudas  
probadlo y sentireis  
penas agudas

"Que la hembra al varón dice  
y él á la hembra,  
¡guay de aquel que en vosotros  
carriño siembra!—  
¡Pobres humanos!  
se olvidan de que todos  
nacen hermanos!

"Hubo un tiempo, avecillas.  
que dos amantes  
en su amor se jalaron  
vivir constantes  
y de sus almas  
los votos presenciaron  
ceibas y palmas.

"Poco tiempo vivieron  
los dos amados  
sin que su sér turbasen  
fieros cuidados,  
porque la ausencia  
muy presto vino á herirles  
con su inclemencia.

"¡Contratiempo maldito!  
ausencia cruda,  
que pensar y aficiones  
traidorá muda!  
Los dos mudaron.  
y su amor y suspiros  
pronto olvidaron.

"Amor por castigarles  
su falta insana,  
convirtió en vanos leños  
su forma humana:  
y fué el Yagrumo  
la forma que tomaron,  
según presumo.

"Mirad cómo sus hojas  
el viento leve  
sin cesar, de continuo  
las cambia en breve,  
y el tronco ufano  
un corazón encierra  
frágil y vano.

"Que en los campos reinaba  
perseverancia,  
y solo entre los hombres  
vivía inconstancia,  
y la trajeron  
y las plantas y flores  
la conocieron

"Desconfiad del Yagrumo,  
que en los amores

la confianza muy ciega  
cuesta dolores  
y al soplo leve,  
del Yagrumo la hoja  
se cambia en breve."

Terminó así el sinsonte  
la trova grata,  
y alejóse volando  
de mata en mata;  
y pensativo  
á cortar yo mi leña  
comencé activo.

Y á los golpes del hacha  
—¡ay! repetía,  
guarda tus negros ojos,  
trigueña impia.  
¡Ojos de fuego!  
volvedme mis amores  
que no estoy ciego.

Y á los golpes de mi hacha  
de esta manera  
derramaba mis ayes  
en la pradera;  
y así cantando  
llegó la tardecita  
solaz brindando.

Puse al punto los haces  
sobre la espalda  
y en pos de mi casita  
trepé una falda,  
dó hallé muy luego  
á la hermosa trigueña  
de ojos de fuego.

"La mujer es Yagrumo  
cuya hoja aleve  
el mas ligero soplo  
la cambia en breve"  
y así diciendo  
yo pasé sin mirarla,  
de amor huyendo.—

#### EL BARDO.

Mas luego pasó el tiempo  
y en cierto día  
el leñador ¡incauto!  
ya no la huía;  
y del sinsonte  
por no oír los cantares  
no volvió al monte.

La trigueña era hermosa,  
de ojos de fuego,  
y el con ciegos amores  
volvió á estar ciego:  
no vió que aleve  
del Yagrumo la hoja  
se cambia en breve.

ALEJANDRO TAPIA.